



## Transdeseantes: de la heterosexualidad obligatoria al deseo lesbiano

PATRICIA MATEO GALLEGO

p.mateo.gallego@gmail.com

MÁSTER UNIVERSITARIO EN RELACIONES DE GÉNERO  
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

**Resumen:** En este artículo nos aproximamos a las teorías de cuatro autoras de referencia ineludible en el pensamiento feminista: Audre Lorde, Adrienne Rich, Monique Wittig y Judith Butler. Todas ellas, y en este trabajo por extensión, se ocuparon de desentrañar la lógica que hace que unos grupos opriman a otros. Más concretamente, la lógica por la que la opresión de los hombres se ejerce sobre las mujeres. Nos referimos a la heterosexualidad obligatoria entendida como una institución política al servicio de un sujeto hegemónico que no desea perder su lugar privilegiado. Especialmente nos aproximaremos a posturas vitales desde las que desestabilizar este modo perverso de mantener a las mujeres en una posición de otredad.

**Palabras clave:** Heterosexualidad obligatoria, Deseo lesbiano, Identidad transdeseante, Feminismo lesbiano, Lesbianismo radical.

## **Transdesiring Identity: From The Compulsory Heterosexuality to The Lesbian Desire**

**Abstract:** This article approaches the theories of four main authors in feminist thought: Audre Lorde, Adrienne Rich, Monique Wittig and Judith Butler. All of them focused –as this article does– on the logic relations that makes some groups oppress others. Specifically, the logic that allows and perpetuates the tyranny exercised by men over women. We refer here to the compulsory heterosexuality that functions as a political institution by which an hegemonic subject preserves his privileged position. Moreover, we approach some personal positions from which it is possible to destabilize that established perverse way of keeping women in a position of otherness.

**Keywords:** Compulsory heterosexuality, Lesbian desire, Transderiring identity, Lesbian feminism, Radical lesbianism.

# Transdeseantes: de la heterosexualidad obligatoria al deseo lesbiano



Patricia  
Mateo Gallego

## A. Introducción

Con el fin de luchar por un mundo en el que las mujeres no fueran meras subordinadas de los hombres, la mirada sospechosa del feminismo se ha posado en múltiples ideologías y creencias a lo largo de su historia. Las mujeres han luchado, y continuamos luchando, por erradicar la opresión de nuestras vidas. Para ello ha sido y es necesario analizar los valores culturales dominantes. Es complicado, no obstante, llegar siquiera a *percibir* aquellos valores o aquellas normas que son dadas como certezas o como componentes innatos de nuestro ser humanos. Esto provocó que durante mucho tiempo se obviase el factor cultural y social que entraña la relación heterosexual presentada como destino de cualquier mujer. Y aun cuando proliferaron los análisis de la heterosexualidad entendida como institución política, estos fueron silenciados incluso dentro del movimiento feminista.

Así, a continuación nos remontaremos varias décadas en el tiempo para retomar teorías que arrojarán luz sobre por qué esta institución sigue gozando de buena salud y sigue silenciando otros modos de ser y estar en el mundo, otros modos de ser y estar feminista. Las autoras que analizaremos aportarán teorías que, desde diferentes perspectivas, nos harán reflexionar en estas cuestiones en las que directamente implicado se encuentra nuestro modo de ver/percibir lo humano mismo. Esto nos llevará a preguntarnos por las exclusiones que realizamos en

nuestras vidas, a nivel personal y político. ¿Será el nuestro un feminismo construido sobre las bases ideológicas del sujeto hegemónico actual? Esto es, ¿será el nuestro un feminismo blanco, heterosexual, de clase media, etc.?

¿Cuál es nuestro objetivo? Problematizar la heterosexualidad obligatoria como una institución que marca los límites de lo correcto y lo incorrecto, lo inteligible de lo ininteligible; que universaliza su ley y se basa en la opresión de unos grupos sobre otros.

En nuestro análisis, aclararemos en este momento, no hablaremos de relaciones concretas entre una mujer y un hombre. Hablaremos de una institución, de un tipo de pensamiento, de una matriz de inteligibilidad. Criticar la norma heterosexual, indica Burgos,

no significa que sea condenable, así, sin más, la relación íntima, afectiva, sexual, entre una mujer y un hombre; pero sí es inadmisibles, ya intolerable, el sistema de valores, de normas y leyes que producen y sedimentan la heterosexualidad como institución, a saber, el sexismo y el heterosexismo (2010b: 465).

Adrienne Rich dejó clara su posición sobre esta distinción cuando dijo:

En este artículo yo intentaba pedirles a las feministas heterosexuales que analizaran antagonista y críticamente su experiencia de la heterosexualidad, que criticaran la institución de la que forman parte, que lucharan contra la norma y sus implicaciones en la libertad de las mujeres, que se abrieran más a los considerables recursos que ofrece la perspectiva lesbiana-feminista, que se negaran a acomodarse al privilegio personal y a la solución de la "buena relación" individual dentro de la institución de la heterosexualidad (2001:84).

Así, una vez aclarado lo que es y no es el objeto de nuestro estudio, continuamos diciendo que nuestro objetivo es contribuir a abrir nuevos horizontes, no solo teóricos. Para ello, propondremos la figura de la identidad transdeseante, como identidad que huye de la complicidad con la institución heterosexual, que no se somete a los dictados de inteligibilidad que esta institución mantiene. Participa de estos principios la lesbiana tal y como la entenderemos en este trabajo. Propondremos esta posición como un lugar liberador y placentero desde el que continuar la

lucha feminista. Seguimos considerando, como lo hicieron las feministas de los años 60 y 70 del siglo pasado, que el deseo sexual es un aprendizaje, por lo que seguimos manteniendo que cualquier mujer puede optar en su vida por el lesbianismo. Identidad transdeseante e identidad lesbiana ya existen en la actualidad y su mera existencia muestra que la ley heterosexual falla en su intento de universalidad, tiene fisuras, espacios donde encontraremos formas de resistencia y de sabotaje al pensamiento heterosexual. Rich indica lo que haremos en las páginas que siguen (de nuestro artículo y de nuestra vida):

Habrá que agarrar con valentía la política, la economía y también la propaganda cultural de la heterosexualidad para ir más allá de los casos concretos, o de las diversas situaciones de grupo, hasta la compleja visión general que se necesita para desbaratar el poder que los hombres ejercen en todas partes sobre las mujeres, poder que se ha convertido en modelo para cualquier otra forma de explotación y control ilegítimo (2001:80).

#### **B. Audre Lorde: las herramientas del amo y las herramientas de “la hermana, la extranjera”**

Audre Lorde fue una escritora feminista, Negra y lesbiana. No estamos diciendo nada que ella no dijese en vida, pues a sí misma se presentaba como tal en numerosas ocasiones. Con sus palabras posicionadas representa y visibiliza a mujeres que habitualmente habían sido relegadas de los discursos dominantes, caracterizados estos por ser sexistas, racistas, heterosexistas y lesbófobos. El lugar de nuestra autora, como el de muchas otras mujeres que podemos tender a obviar en ciertos discursos feministas etnocentristas, es el de una múltiple otredad, una múltiple opresión. Es “otra” por su condición de negra. “Otra” por ser mujer. “Otra” por ser lesbiana.

A continuación analizaremos algunas de las ideas de Lorde<sup>1</sup> que consideramos claves en nuestra misión de desenmascarar el carácter opresivo del heterosexismo y cómo este se alía con otras formas de dominación que todavía están vigentes en la

---

<sup>1</sup> Nos basaremos en sus ensayos de los años 1977 a 1982, recopilados en 1984 en la obra *Sister Outsider* y traducidos al castellano en 2003.

actualidad. Será, además, la visión de una autora lesbiana que reconoce la necesidad de establecer alianzas entre las mujeres y de examinar con exhaustividad todos los aspectos de nuestra existencia (¿habremos interiorizado modelos de opresión?)<sup>2</sup>.

### **Racismo, sexismo, heterosexismo y homofobia. Respuestas plurales**

Estos cuatro elementos o estos cuatro “tipos de ceguera” son deudores de la “incapacidad para reconocer el concepto de diferencia en cuanto fuerza humana dinámica” (Lorde, 2003a:25). Adrienne Rich lo llamará “la caza de la diferencia” (2001:42) y Monique Wittig se referirá a esta dominación de las diferencias como “pensamiento heterosexual” o “pensamiento de la dominación” (2006c:53). De lo que estamos hablando, de lo que habla Lorde en primera instancia, es de poder. El poder que ejerce un grupo sobre otro (blancos sobre negros, hombres sobre mujeres, heterosexuales sobre lesbianas) para obtener de ese control un beneficio.

En una sociedad donde lo bueno se define en función de los beneficios y no de las necesidades humanas, siempre debe existir algún grupo de personas a quienes, mediante la opresión sistemática, se lleve a sentir como si estuvieran de más y a ocupar el lugar de los seres inferiores deshumanizados. En nuestra sociedad dicho grupo está compuesto por las personas Negras y del Tercer Mundo, por la gente de clase trabajadora, por las ancianas y por las mujeres (Lorde, 2003b:121).

La necesidad de personas marginales viene dada por esta necesidad de beneficio en una sociedad donde la diferencia es institucionalmente rechazada. Así, la diferencia se convierte en desviación de lo que Lorde (2003b:123-124) denomina “norma mítica”. Continúa diciendo que es “una norma con la que en realidad sabemos que no nos identificamos. En Estados Unidos, la definición de dicha norma suele ser: blanco, delgado, varón, joven, heterosexual, cristiano y con medios económicos”.

---

<sup>2</sup> “Si las mujeres deseamos lograr un cambio social que no se quede en los aspectos meramente superficiales, habremos de arrancar de raíz los modelos de opresión que hemos interiorizado” (Lorde, 2003b:133-134).

El ser que habita en ese lugar privilegiado por la sociedad conjuga elementos variados en los que no solo entra en juego el sexo/género. Confluyen con estos dos importantes elementos la raza, la estética, la edad, la sexualidad, la religión/ideología y la clase social. Si obviamos las diferencias raciales o de clase en nuestros discursos feministas estaremos cayendo en el error de universalizar nuestro punto de vista, de convertirnos (tal como se convierten los hombres en cuento al género) en un privilegiado término no marcado, en lo neutro y universal. Ignorar esas diferencias en el sujeto político de nuestro feminismo solo puede significar que estamos olvidando a enormes grupos de mujeres que no pueden identificarse con una lucha común de liberación que no incluye otros factores de dominación que particularizan su situación de mujeres oprimidas.

La lógica del heterosexismo actúa en paralelo con otras formas de discriminación. Sus aliados en la producción de sujetos marginales susceptibles de ser oprimidos y dominados son el racismo, el sexismo, el clasismo, la lesbofobia, etc. Es decir, todas aquellas ideologías y prácticas que mantienen en el poder al sujeto que porta la etiqueta de norma mítica. No serán las mujeres, las lesbianas o las negras las que ocupen esa privilegiada posición. Ocuparán los márgenes y las posiciones más bajas de cualquier pirámide jerárquica de los individuos<sup>3</sup>. No obstante, nuestra existencia, a su pesar, y la creación de discursos propios y luchas conjuntas desestabiliza el actual orden de articulación vertical de las diferencias.

La coalición entre el racismo, el sexismo, el heterosexismo y la lesbofobia hace complicada una respuesta monolítica. Audre Lorde es partidaria de la creación de alianzas, de revalorizar las relaciones entre mujeres y de potenciar lo erótico.

Trabajamos, pues, en un contexto de oposición y amenazas, y ciertamente el motivo no es la ira que nosotras podamos llevar dentro, sino el virulento odio que se lanza contra todas las mujeres, las personas de Color, las lesbianas y los gays, la gente pobre... contra todos aquellos que pretendemos analizar en pro-

---

<sup>3</sup> Gayle Rubin, autora que analizamos en un trabajo previo a este artículo, reflexionó precisamente sobre el modo en que los individuos son jerarquizados en función de la sexualidad que practiquen. Su artículo del año 1989 es de referencia obligada en nuestro contexto teórico por presentar con lucidez las teorías que en torno a la sexualidad circulan en nuestra sociedad.

fundidad nuestra vida a la vez que resistimos contra la opresión y avanzamos hacia la coalición y la acción eficiente (Lorde, 2003c:143).

Escribe Lorde (2003d:165): “no somos enemigas de los hombres Negros”. ¿De dónde procede entonces este desprecio, este miedo, esta necesidad de estigmatizar y rechazar el lesbianismo? En gran medida, de la potencialidad que estas relaciones tienen de “reorganizar nuestro concepto de las relaciones sociales” (Lorde, 2003c:132). ¿Querrá el amo perder a su esclava/o en esa nueva reconcepción de las relaciones? Parece que no.

Nuestra autora fue contundente en cuanto a la necesidad de que seamos cada una de nosotras las que dirijamos nuestras vidas sin la necesidad de reafirmar o autenticar nuestra existencia en la relación con un hombre. Fue partidaria, también, de crear alianzas entre las mujeres, de identificarnos con las mujeres y de reconocer la poderosa energía y fuerza creativa que tienen los intercambios eróticos entre mujeres, ya sean sexuales, emocionales o intelectuales. Para Lorde, reconocer este poder erótico es un paso fundamental para hacer en las relaciones sociales verdaderos cambios que no sean simplemente una inversión de papeles en la estructura dominantes/dominados. Esta conexión con lo erótico, negada en muchas ocasiones para las mujeres, es un modo igualmente importante para “autoafirmarnos ante una sociedad racista, patriarcal y antierótica” (Lorde, 2003e:46).

### **El yo en riesgo**

Audre Lorde invita a cada mujer a reevaluar su vida para comprobar qué hemos interiorizado del sistema que nos oprime. En la línea de potenciar las relaciones entre mujeres, nos insta a escuchar atentamente sus experiencias vitales y sus ideas, por diferentes que estas puedan parecer a las nuestras. Tenemos la responsabilidad de hacer una escucha atenta y activa para ser capaces de salir modificadas de ese encuentro. “Y cuando las palabras de las mujeres se dicen a voces para que sean escuchadas, es responsabilidad de cada una de nosotras



hacer lo posible por escucharlas, por leerlas y compartirlas y analizarlas para ver cómo atañen a nuestras vidas” (Lorde, 2003f:23-24).

Se refiere Lorde a “la modificación profunda y radical de los supuestos en que se basa nuestra vida” (2003c:141). Dice en uno de sus artículos más conocidos:

El racismo y la homofobia son condiciones reales de nuestra vida aquí y ahora. *Insto a cada una de las mujeres aquí presentes a que se sumerja en ese lugar profundo de conocimiento que lleva dentro y palpe el terror y el odio a la diferencia que allí habitan. Y a que vea el rostro que tienen. Es la condición para que lo personal y lo político puedan comenzar a iluminar nuestras decisiones* (2003g:120).

Esta clara y potente invitación la podemos relacionar con una de las más recientes propuestas de Judith Butler quien, en su obra *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad*, también nos insta a autocuestionarnos, a ponernos a nosotras mismas en riesgo. El hacer una crítica a nuestro contexto de opresión es también hacer una crítica a cada una de nosotras, que, inevitablemente, hemos emergido como sujetos en ese contexto.

El cuestionamiento profundo que estas autoras proponen es un cuestionamiento activo y responsable, que no se conforma con el estado actual de la sociedad y de nuestro propio yo. Se trata de una reflexión inquieta y suspicaz. Es la mirada sospechosa del feminismo. Al ponerla en uso podremos descubrir a qué personas pretende nuestra cultura situar en los márgenes, alejadas de la “norma mítica” de respetabilidad y reconocimiento.

Es en este punto de ardua reflexión cuando cabe hablar de las identidades transdeseantes, las que surgen de un proceso de crítica no solo externa, las que cuestionan, salvando nuestra propia opacidad, aquellos aspectos de nuestras vidas que solemos dar como fijos y estables –acorde a lo que el sistema espera de nuestra identidad–. Así lo explica Elvira Burgos:

Esta identidad *transdeseante* no ansía desesperadamente el reconocimiento del orden sexista y heterosexista. Es una identidad que se hace fuerte en la idea de activar incesantemente la acción de la crítica y autocrítica. Su deseo de reconocimiento no

queda anclado en el marco de la norma de la que, sin embargo, procede, sino que su deseo desea el reconocimiento de que identidades marginadas, excluidas, despreciadas, patologizadas, son vivibles y dignas de ser amadas (2010a:45-46).

### C. Adrienne Rich: heterosexualidad obligatoria, feminismo lesbiano

Ahora será Adrienne Rich la que nos interpele para, concretamente, reflexionar sobre la heterosexualidad como institución obligatoria. Es una invitación directa a las feministas, sean estas heterosexuales o lesbianas. Su artículo "Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana" marcó un hito en la historia del feminismo al poner en el centro del análisis una relación (en tanto que institución política), la heterosexual, que habitualmente había permanecido al margen de cualquier tipo de cuestionamiento crítico, en gran medida por las tesis esencialistas que la consideraban una relación natural e innata. Un *a priori* que no era necesario explicar. Pues bien, la poeta y teórica feminista situará en el centro de su investigación, en la palestra del conocimiento y el análisis, a la intratable e incuestionable relación heterosexual. Dice Rich: "El supuesto de la heterosexualidad femenina me parece de por sí destacable: es un supuesto enorme para haberse deslizado tan calladamente hasta los cimientos de nuestro pensamiento" (2001:51).

Entiende Rich que esta institución funciona como un mecanismo que arrebató el poder a las mujeres; y otra forma de restar este poder es, precisamente, la ignorancia sobre ese proceso de institucionalización, sobre el proceso, también, de naturalización de esta relación. Consciente de ello, nuestra autora contribuye a contrarrestar esta omnipresente realidad visibilizando y verbalizando la heterosexualidad obligatoria en su obra.

Por otra parte quiere Rich contribuir a que la existencia lesbiana no siga siendo ignorada o borrada de la historia y de la bibliografía feminista:

Anulación que sentía (y siento) tiene consecuencias no sólo antilesbianas sino también antifeministas, y que distorsiona igualmente la experiencia de las mujeres heterosexuales. No lo escribí para ensanchar divisiones, sino para animar a las femi-

nistas heterosexuales a analizar la heterosexualidad como institución política que arrebató el poder a las mujeres —y a cambiarla. [...] Quería que el artículo [...] esbozara, al menos, un puente sobre el vacío existente entre *lesbiana* y *feminista*. Quería, por lo menos, que a las feministas les resultara menos posible leer, escribir o dar clase desde una perspectiva de heterocentrismo incuestionado (Rich, 2001:41).

Rich está convencida de que desentrañar el mecanismo que hace de la heterosexualidad una institución de carácter obligatorio aportará fuerza política a las feministas heterosexuales y nos mantendrá alerta a las lesbianas que, desde luego, no podemos vivir al margen de una institución que está presente en todas las esferas de nuestra vida.

### **De la heterosexualidad obligatoria**

La propuesta de análisis de la autora es potente y subversiva. Es, también, incómoda, pero no por ello desea obviarla. Sus palabras dirigidas a las feministas, tal y como hacía Lorde, hacen que tengamos que revisar en profundidad supuestos que hemos dado por estables en nuestras vidas y en nuestra práctica feminista

Porque reconocer que, para las mujeres, la heterosexualidad puede no ser una “preferencia” en absoluto sino algo que ha tenido que ser impuesto, gestionado, organizado, propagado y mantenido a la fuerza, es un paso inmenso a dar si te consideras heterosexual “de forma innata” y libre. [...] Para dar el paso de cuestionar la heterosexualidad como “preferencia” u “opción” para las mujeres —y llevar a cabo el trabajo intelectual y emocional subsiguiente— se requiere una clase especial de coraje para las feministas identificadas con la heterosexualidad, pero creo que las recompensas serán grandes: una liberación del pensamiento, el explorar nuevos caminos, el venirse abajo otro gran silencio, una nueva claridad en las relaciones personales (Rich, 2001:65-66).

Adrienne Rich ve a la “propia institución de la heterosexualidad como avanzadilla de la dominación masculina” (2001:44), dominación y poder que analiza a la luz de este supuesto.

En una sociedad identificada con lo masculino, el punto de vista (particular) de los hombres se convierte en punto de vista universal. Lo que para los hombres es conveniente y ventajoso se transforma mediante este proceso de amplificación en imperativo vital para las mujeres. Este imperativo, sin embargo, está camuflado de múltiples maneras para que no se perciba su carácter obligatorio y coercitivo. Es multiforme y omnipresente. Se distingue claramente en algunas ocasiones (la violencia machista sería un ejemplo claro) y pasa más desapercibido en otras (por ejemplo, la idealización del amor romántico heterosexual en múltiples soportes como el cine o la música).

Este poder masculino está vigente en todas las esferas de nuestra vida y los múltiples ejemplos que aporta Rich nos hacen ver que asimismo se encuentra operativo en múltiples culturas y sociedades. ¿A qué nos enfrentamos? Responde la autora: “a grupos de fuerzas omnipresentes que van desde la brutalidad física al control de la conciencia, lo que nos indica que se está teniendo que mantener a raya una enorme y potencial fuerza contraria” (2001:55).

Estos grupos de fuerzas descritos por Rich “han convencido a las mujeres de que el matrimonio y la orientación sexual hacia los hombres son componentes inevitables de sus vidas, aunque sean insatisfactorios u opresivos” (2001:55). El discurso psicoanalítico, la propaganda encargada de idealizar el romance heterosexual y adoctrinar desde la infancia a las mujeres en el amor<sup>4</sup>, el olvido de la existencia lesbiana, la imposición de rígidos roles de género que incluyen convertir a las mujeres en objeto de consumo para los hombres, etc. Estos son algunos de los modos en que opera la institución heterosexual. Una institución que, dice Rich, “pretende garantizar el derecho masculino al acceso físico, económico y emocional de ellas” (2001:64).

Un potente mecanismo para garantizar la heterosexualidad de las mujeres es la imposición de la coherencia entre sexo, género y sexualidad. Lo ilustra nuestra autora cuando dice que:

---

<sup>4</sup> “La ideología del amor romántico heterosexual, que refulge desde la infancia en cuentos de hadas, la televisión, el cine, la publicidad, las canciones populares, los cortejos nupciales, es una herramienta en las manos del canalla que éste no dudará en utilizar” (Rich, 2001:61).

Una lesbiana que no se manifiesta como tal en su lugar de trabajo a causa de los prejuicios heterosexistas, no se ve obligada únicamente a negar la verdad de sus relaciones externas o su vida privada. Su puesto de trabajo depende de que finja ser no simplemente heterosexual, sino *una mujer* heterosexual respecto al atuendo y al papel femenino y diferente que se exige a las “auténticas” mujeres (2001:57).

Las auténticas mujeres<sup>5</sup>, son, por lo tanto, femeninas y heterosexuales. Las auténticas mujeres asumen el rol que le pertenece a su género (un rol que responde, también, a los deseos y fantasías de los hombres) y están disponibles para ellos. En el marco de la teoría lesbiana de la sexualidad, Beatriz Suárez se pregunta acertadamente sobre estas cuestiones:

¿Cuánta cantidad de feminidad se requiere para ser mujer o para dejar de serlo? ¿Qué actos o qué prácticas nos colocan dentro o fuera de la feminidad? ¿Y qué relación tiene la percepción del propio género con nuestro cuerpo sexuado? Para ilustrar la forma en que la cultura ha venido haciendo pasar por coincidente sexo y género basta con pensar en que una forma tradicional de considerar a lesbianas y gays es que no son “mujeres” u “hombres” “de verdad”. Y es que todas las culturas penalizan de diversas maneras la insurrección de género (2001:57).

Analizar la obligatoria coherencia de género, el cuestionar la supuesta naturalidad de la heterosexualidad como destino para cualquier mujer, la ardua reflexión sobre el poder masculino y cómo este se reproduce en la sociedad, el pensarnos a nosotras mismas en este esquema... todas estas son tareas de las identidades transdeseantes. ¿Y la otra identidad a la que hacemos referencias en el título de este artículo? Continúa Rich.

---

<sup>5</sup> Monique Wittig, por su parte, se referirá a esta cuestión problematizando el concepto mismo de “mujer”: “Tener una conciencia lesbiana supone no olvidar nunca hasta qué punto ser “la-mujer” era para nosotras algo “contra natura”, algo limitador, totalmente opresivo y destructivo en los viejos tiempos anteriores al movimiento de liberación de las mujeres. Era una constricción política y aquellas que se resistían eran acusadas de no ser “verdaderas mujeres”. Pero entonces estábamos orgullosas de ello, porque en la acusación había ya como una sombra de triunfo: el reconocimiento, por el opresor, de que “mujer” no es un concepto tan simple, porque para ser una, era necesario ser una verdadera” (Wittig, 2006b:34-35).

### Al deseo lesbiano

Además de querer desenmascarar a la institución analizada arriba, Rich explica que otra motivación para escribir su ya clásico artículo de 1980 tenía que ver con la existencia lesbiana y con cómo esta ha sido silenciada y negada. Dice la autora:

Me interesan también aquí otras dos cuestiones: primera, cómo y por qué la elección de mujeres, hecha por mujeres, como camaradas apasionadas, compañeras de vida, compañeras de trabajo, amantes, comunidad, ha sido aplastada, invalidada, obligada a permanecer oculta y disfrazada; y, segunda, el virtual o total olvido de la existencia lesbiana en una amplia gama de escritos, incluida la investigación feminista (2001:44).

Y es que otro importante mecanismo para perpetuar la heterosexualidad obligatoria es el silenciamiento de la posibilidad lesbiana. La propaganda heterosexual funciona alabando y mitificando las relaciones heterosexuales y desprestigiando u ocultando otras posibles sexualidades. Y es que, explica Burgos, “la sociedad se encarga de difundir repetitiva e insistentemente, a través de todos los medios posibles, la erotización heterossexualizada de los cuerpos, negando y disimulando, si no prohibiendo, otros referentes de deseo” (2010b:466-467). A pesar de los intentos de la heterosexualidad obligatoria por perpetuarse a sí misma y no permitir desviaciones a su ley, a pesar de imponerse a las mujeres a la fuerza y de forma subliminal, “en todas partes –dice Rich– las mujeres se han resistido a ella, frecuentemente al precio de la tortura física, el encarcelamiento, la cirugía psiquiátrica, el ostracismo social y la extrema pobreza” (2001:71).

La existencia lesbiana, tantas veces negada y olvidada, pone en peligro la ley de la heterosexualidad obligatoria de Rich, la ley del “pensamiento heterosexual” de Wittig o la ley de la “matriz heterosexual” de Butler. Esto es, pone en riesgo la perpetuación del sexismo, del heterosexismo y de sus ideologías aliadas, aquellas que también se basan, con Lorde ahora, en la dominación de un grupo sobre otro.

Además de referirse a la (in)existencia lesbiana, Rich amplía esta existencia a una amplia gama de experiencias ginocéntricas –a lo largo de la historia y de la vida de cada mujer–. Lo hace con el término “*Continuum lesbiano*”. Es entender lo eró-

tico en términos femeninos, es el erotismo como potencial creativo de Lorde (Rich, de hecho, cita en su artículo a esta autora), es un *continuum* de experiencias que une a las mujeres en una identificación mutua y “nos podemos ver a nosotras entrando y saliendo de ese *continuum*, reconociéndonos como lesbianas, o no” (Rich, 2001:68-69). Se trata de ganar poder a través de la unión entre mujeres, lesbianas o no, contra la tiranía masculina.

¿Devenir lesbiana? Entendieron las feministas lesbianas el deseo sexual como un aprendizaje. En una sociedad donde impera la ley de la heterosexualidad obligatoria, las mujeres aprendieron/aprendemos a ser heterosexuales. Lo que propusieron desde el feminismo lesbiano fue un des-aprendizaje para convertir el lesbianismo en una opción o elección que cualquier mujer podía tomar como alternativa (*vid.* Suárez, 1997:266). Dice Rich que “podemos decir que hay un contenido político feminista *que surge* en el acto de elegir a una mujer como amante o compañera de vida, en oposición a la heterosexualidad institucionalizada” (2001:79). Se trata de una posición que, como hemos venido diciendo, altera el sistema sexista y heterosexista en el que habitamos. Una posición desde la que subvertir la ley que convierte a unos en dominadores y a otras en dominadas. Una ruptura del estricto (e inalcanzable) esquema de coherencia entre sexo, género y sexualidad que se pretende imponer a cada sujeto. Rich entiende el lesbianismo, y concordamos con ella, como un modelo “de resistencia, y así, una especie de postura límite desde la que analizar y desafiar la relación entre heterosexualidad y supremacía masculina” (2001:84).

#### **D. Monique Wittig: el pensamiento heterosexual y los cuerpos lesbianos**

Monique Wittig, escritora y teórica francesa<sup>6</sup>, acomete la tarea de ir más allá y desnaturaliza no solo la heterosexualidad

---

<sup>6</sup> Los artículos teóricos que usamos en este pequeño ensayo fueron compilados en el 2006 por la editorial EGALES en el volumen *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Estos artículos, no obstante, fueron escritos entre los años 70 y 80 del siglo pasado.

sino también el concepto mismo de sexo, entendiéndolo como una marca de opresión, como una diferencia cultural impuesta que solo sirve a los intereses de la clase de los hombres sobre la clase de las mujeres, como el requisito para fundar y mantener lo que ella denomina “pensamiento heterosexual”. Se inscribe Wittig en el lesbianismo radical y materialista. Si bien es cierto que podemos tender puentes de unión entre la obra de Rich –feminismo lesbiano– y la obra de Wittig –lesbianismo radical–, esta última autora parece cambiar el punto de vista desde el que se analiza el concepto de heterosexualidad. Las primeras lo hacían desde el punto de vista de las mujeres. Las lesbianas radicales lo hacen desde el lesbianismo, entendiendo este como ajeno al régimen político heterosexual.

#### **“No se nace mujer”: el pensamiento heterosexual**

Dice Wittig: “Como no existen esclavos sin amos, no existen mujeres sin hombres” (2006a:22). Partiendo de tesis materialistas, la autora considera que hombres y mujeres solo existen en cuanto clase social, no como grupos naturales. No obstante, no es esto lo que nos han inducido a creer (a saber).

Impedir a las mujeres tener conciencia de clase o conciencia de opresión, dificulta, si no imposibilita del todo, la tarea de emprender una total evaluación conceptual del mundo social para poder reorganizarlo con nuevos conceptos

El problema para Wittig es el siguiente:

Las mujeres no saben que están totalmente dominadas por los hombres, y cuando lo admiten, “casi no pueden creerlo”. Por lo general, como último recurso ante la realidad desnuda y cruda, rechazan “creer” que los hombres las dominan conscientemente [...]. Por su parte, los hombres saben perfectamente que dominan a las mujeres (“Somos los amos de las mujeres”, dijo André Breton) y han sido educados para hacerlo. No nece-

---

<sup>7</sup> Por su parte, “Marx, en *La ideología alemana*, dice, precisamente, que los individuos de la clase dominante también están alienados, aun siendo ellos mismos los productores directos de las ideas que alienan a las clases oprimidas por ellos. Pero, como sacan obvias ventajas de su propia alienación, pueden soportarla sin mucho sufrimiento” (*cit.* en Wittig, 2006b: 40).



sitan decirlo constantemente, pues *rara vez se habla de dominación sobre aquello que ya se posee*<sup>7</sup> (2006a:23-24. *Cursivas mías*).

Por tanto, parece necesario hacer explícita la opresión para tomar conciencia de ella y emprender la lucha de clases que resolvería la contradicción destituyendo estas mismas clases. Sin embargo, si las oposiciones/diferencias se consideran algo natural, anteriores a cualquier pensamiento y no atravesadas por la historia, será imposible la dialéctica, cualquier cambio o movimiento. Es por esto que Wittig se dedica a mostrar en sus ensayos el carácter construido de la supuesta diferencia sexual y la finalidad que persigue la instauración de esta diferencia.

Las mujeres son una clase en la medida en que se definen y se crean en un discurso binario que agota las posibilidades del sexo en dos categorías excluyentes que responden a los dictados de la relación heterosexual. Así lo describe Butler:

Para Wittig, cuando nombramos la diferencia sexual, la creamos; restringimos nuestro entendimiento de las partes sexuales relevantes a aquellas que ayudan en el proceso de reproducción, haciendo con ello de la heterosexualidad una necesidad ontológica. [...] Por lo que Wittig arguye que la erogeneidad, la capacidad de respuesta sexual del cuerpo, es restringida por la institucionalización de la diferencia sexual binaria; se pregunta: ¿por qué no nombramos como rasgos sexuales a nuestras bocas, manos, culos? Y responde: únicamente nombramos sexual –léase, sentimos sexual– los rasgos funcionales para la actividad reproductiva (1990:202).

Para Wittig, es la opresión la que crea el sexo, que funciona como una marca que se impone a las mujeres<sup>8</sup> en la sociedad. La marca no es previa a la opresión ni existe fuera de ese marco social. Explica Wittig:

---

<sup>8</sup> Este sistema de marcado actúa en los discursos binarios en los que un término es considerado universal, esto es, no marcado y el otro es el particular, marcado. Por ejemplo, en el lenguaje, al que Wittig dedica buena parte de sus reflexiones, el masculino representa lo universal y neutro y actúa como término no-marcado, mientras que el femenino es el término marcado, el diferenciado. Wittig denunciará críticamente este mecanismo lingüístico. En cuanto al sexo dice la autora: “El concepto de diferencia de los sexos, por ejemplo, constituye ontológicamente a las mujeres en otros/diferentes. Los hombres, por su parte, no son diferentes. Los blancos tampoco son diferentes, ni los señores, diferentes son los negros y los esclavos” (2006c:53).

Lo que creemos que es una percepción directa y física, no es más que una construcción sofisticada y mítica, una “formación imaginaria” que reinterpreta rasgos físicos (en sí mismos tan neutrales como cualquier otro, pero marcados por el sistema social) por medio de la red de relaciones con que se percibe (2006b:34).

Efectivamente, las diferencias anatómicas entre los cuerpos no solo tienen que ver con los órganos reproductores, pero exclusivamente preguntamos por estos cuando nace una criatura. Dice Butler:

Existen otros tipos de diferencias entre la gente, diferencias de forma y tamaño, de formación del lóbulo de las orejas y el tamaño de la nariz, y no preguntamos cuando un niño viene al mundo qué clase de lóbulo de las orejas tiene. Preguntamos inmediatamente por determinados rasgos anatómicos sexualmente diferenciados porque suponemos que esos rasgos de algún modo determinarán el destino social de ese bebé, y ese destino, cualquiera que sea, es estructurado por un sistema de género predicado sobre la supuesta naturalidad de las oposiciones binarias y, en consecuencia, de la heterosexualidad. Por tanto, al diferenciar a las criaturas del modo que lo hacemos recapitulamos la heterosexualidad como una precondition de la identidad humana, y proponemos esta norma constrictiva disfrazándola de hecho natural (1990:203).

De este modo la categoría de sexo pasa a ser considerada no como un dato inmediato y natural, sino como “categoría política que funda la sociedad en cuanto heterosexual” (Wittig, 2006a:26). Continúa Butler diciendo que “no hay ningún motivo para clasificar a los cuerpos humanos en los sexos masculino y femenino a excepción de que dicha clasificación sea útil para las necesidades económicas de la heterosexualidad y le proporcione un brillo naturalista a esta institución” (2007:227). Como vemos, unos rasgos se discriminan sobre otros y se clasifican los cuerpos para que respondan a uno u otro sexo, para que respondan a la obligatoriedad de la heterosexualidad.

«Mujer» es una marca acuñada a lo largo de una historia que es una historia de opresión [...]. Es una marca que trabaja de modo similar a la noción de «raza» elaborada en la época de la esclavitud, cuando reinterpreta, en función de una interesada red de poder, unos rasgos físicos en sí neutrales (Burgos, 2008:74).

Un análisis genealógico de estos conceptos nos afianza en la percepción de que el sexo no es una categoría anterior a la opresión. “Ellas son vistas como *negras*, por eso son *negras*; ellas son vistas como *mujeres*, por eso son *mujeres*. No obstante, antes de que sean *vistas* de esa manera, ellas tuvieron que ser *hechas* de esa manera” (Wittig, 2006b:34). En ambos casos se ha producido un “tomar una parte por el todo” y en ambos casos se cuenta con “la ciencia de nuestra opresión” para desenmascarar esa actuación. Es la conciencia de clase, la conciencia de opresión, la que llevará a las mujeres a emprender la lucha dialéctica que, para Wittig, eliminará estas clases:

Nuestra supervivencia exige que nos dediquemos con todas nuestras fuerzas a destruir esa clase –las mujeres– con la cual los hombres se apropian de las mujeres. Y esto sólo puede lograrse por medio de la destrucción de la heterosexualidad como un sistema social basado en la opresión de las mujeres por los hombres, un sistema que produce el cuerpo de doctrinas de la diferencia entre los sexos para justificar esta opresión (2006b:43).

Tenemos las bases sobre las que se asienta el pensamiento heterosexual tal y como lo define Wittig. Este pensamiento, sin embargo, nunca pone en cuestión aquello que lo constituye, se niega a analizarse a sí mismo. Cualquier discurso que quiera cuestionar este pensamiento de la dominación será desprestigiado, tachado de primario y, probablemente, ignorado. Sus discursos, en cambio, conformarán una espiral interminable que abarque toda la realidad social y, de este modo, oculte la realidad política de la dominación de los hombres sobre las mujeres. Como decíamos, procurarán que creamos que no hay dominación, evitarán que tomemos conciencia de clase y así, pretenderán que pensemos que simplemente hay diferencias.

Estamos hablando de conceptos que nos tocan muy cerca. Conceptos que implican:

Todo un modo de organización de la vida humana, en lo público y en lo personal, que afecta a nuestros placeres y deseos e igualmente a nuestras identidades de género; pero además se trata de una ley que impone un único camino para desarrollar nuestros afectos y emociones y para configurar la

materialidad del tiempo de la vida incluso en sus aspectos económicos, jurídicos, laborales (Burgos, 2010b:465).

#### Categorías que, dice Wittig:

Funcionan como conceptos primitivos en un conglomerado de toda suerte de disciplinas, teorías, ideas preconcebidas, que yo llamaría «el pensamiento heterosexual». [...] Y por mucho que se haya admitido en estos últimos años que no hay naturaleza, que todo es cultura, sigue habiendo en el seno de esta cultura un núcleo de naturaleza que resiste al examen, una relación excluida de lo social en el análisis y que reviste un carácter de ineluctabilidad en la cultura como en la naturaleza: es la relación heterosexual. Yo la llamaría la relación obligatoria social entre el «hombre» y la «mujer» (2006c:51).

Estas categorías son universalizadas por el pensamiento heterosexual, generando leyes que han de valer para cualquier sociedad, época e individuo. Nos hacemos una idea, entonces, del carácter opresivo de este pensamiento que hace de la diferencia de los sexos un “dogma filosófico y político” (Wittig, 2006c:52).

Rechazar esta obligatoriedad es inviable para el pensamiento de la dominación pues no hay constitución del sujeto sin pasar por esta condición que se basa en la necesidad del otro/diferente. Las mujeres son marcadas como “las otras” a través del concepto de la diferencia sexual, que ya mostramos que se presenta como natural a pesar de su carácter arbitrario y social. Esta marca responde a la necesidad del pensamiento heterosexual de constituir a un grupo entero como los otros/diferentes a los que poder dominar y responde, exclusivamente, a la pretensión de heterosexualizar a las personas bajo la amenaza del no reconocimiento, de la no existencia.

El pensamiento heterosexual tal como lo define Wittig se extiende a formas de dominación que van más allá de la opresión que los hombres ejercen sobre las mujeres. Lo que parece claro para la autora es que “la relación heterosexual ha servido de parámetro a todas las relaciones jerárquicas” (Wittig, 2006d:68).

### Desertoras de nuestra clase, la lesbiana en Wittig

En una ya célebre conferencia de 1978 Wittig concluyó su intervención con la conocida declaración: “Las lesbianas no son mujeres” (2006c:57). Para la autora, rechazar la heterosexualidad implica negarnos a ser mujeres. “Para una lesbiana esto va más lejos que el mero rechazo del *papel* de “mujer”. Es el rechazo del poder económico, ideológico y político de un hombre” (2006b:36). Wittig propone el lesbianismo como el único modo de vivir libremente, sin el marcaje de sexo por parte de la clase dominante.

Continúa su explicación diciendo:

Lesbiana es el único concepto que conozco que está más allá de las categorías de sexo (mujer y hombre), pues el sujeto designado (lesbiana) *no es* una mujer ni económicamente, ni políticamente, ni ideológicamente. [...] Somos desertoras de nuestra clase, como lo eran los esclavos americanos fugitivos cuando se escapaban de la esclavitud y se volvían libres (2006c:43).

Lo que Wittig pretende es la eliminación de una categoría sustentada en la discriminación del cuerpo de cara a perpetuar la heterosexualidad obligatoria, entendida esta como institución política que divide a las personas en dos grupos excluyentes en los que uno de ellos oprime al otro/diferente.

Wittig reclama una sociedad sin la categoría de sexo, esto es, *una sociedad en la que las mujeres no estén marcadas, oprimidas*.

¿Cuál es la propuesta de Wittig? La figura de la lesbiana. Si hasta ahora hablaba la autora de *conceptos* como “sexo”, “diferencia”, “historia”, “la clase de las mujeres”, “la clase de los hombres” o “el pensamiento heterosexual”, cabría esperar que esta figura lesbiana pueda ser interpretada también como un espacio conceptual. Concordamos con el análisis de Teresa de Lauretis (2005) que considera que tras los artículos “El pensamiento heterosexual” y “No se nace mujer” y tras la novela *El cuerpo lesbiano*, emergió una nueva figura conceptual.

A raíz de la lectura de Wittig, Lauretis teoriza sobre “los sujetos excéntricos”, aquellos que se desvían de lo convencional y normativo, aquellos que no ocupan el centro en la institución

que da soporte al pensamiento de la dominación: la heterosexualidad. Si retomamos esta consideración es porque creemos que puede esclarecer el contenido teórico de la figura de la lesbiana en Wittig. Lauretis afirma que esta figura le recordaba a otros sujetos excéntricos que estaban emergiendo de los textos de escritoras feministas como, por ejemplo, Gloria Anzaldúa<sup>9</sup>. Esta relación de Lauretis nos parece muy acertada. La lesbiana de Wittig no solo puede/debe ser entendida como la mujer que, desertando de su diferencia sexual impuesta, huye de la práctica heterosexual y se alía con otras lesbianas, aunque nos parezca una interpretación adecuada en tanto en cuanto Monique Wittig se inscribe en el lesbianismo radical. Creemos que esta lesbiana huye de las diferencias tal y como las entiende el pensamiento de la dominación<sup>10</sup>. Y esta sigue siendo nuestra propuesta.

La subversión del heterosexismo institucionalizado. El rechazo de la opresión sistematizada sobre otredades creadas para generar beneficios. El yo en permanente riesgo para no caer en esas prácticas. Y “entretanto, los conceptos heterosexuales van siendo minados” (Wittig, 2006c:57). Transdeseante como figura que analiza la norma mítica que establece lo que es humano de lo que es no-humano, que analiza lo que nosotras mismas concebimos como digno de ser reconocido o como digno de ser excluido. Lesbiana como figura que huye del marcaje de la categoría de sexo, desbaratando así la lógica y las bases del pensamiento heterosexual. Sujeto excéntrico como figura al margen de los privilegios que el sujeto hegemónico posee, figura que critica estos privilegios. Entendemos estos espacios conceptuales como identidades que desestabilizan las relaciones sociales tal y como hasta ahora las conocíamos. La que huye, la que deserta, la que fue desterrada... y mientras tanto, los márgenes que marcan lo vivible de lo no habitable, van siendo minados.

---

<sup>9</sup> En torno a los años 80 se escribieron muchos textos que criticaron duramente la heterosexualidad obligatoria y otras formas de opresión aliadas con esta institución. A estos años pertenecen algunos de los escritos de Audre Lorde, Adrienne Rich, Monique Wittig, Gloria Anzaldúa, bell hooks, etc.

<sup>10</sup> Que, recordemos, toma como modelo para todas las relaciones jerárquicas a la relación heterosexual.

### **E. Judith Butler: el género en disputa, pensando lo humano**

La identidad para Butler es una identidad siempre generizada y el género es entendido por la autora como un hacerse constante, como un proceso en continuo desarrollo y cambio. Esto nos indica lo inoperativo de pretender una identidad estable o una categoría cerrada –ergo, excluyente– para el feminismo, pues ya los sujetos son, individualmente, incoherentes e inestables en su proceso de generización.

¿Es necesario, entonces, contar con una definición clara de “mujeres”? Explica Burgos, en su análisis de la obra de Butler, que “no parece evidente que haya una especificidad femenina que una a las mujeres y que las diferencie de la masculinidad. La pregunta no ha de ser qué son las mujeres sino cómo se las configura y cuáles son los mecanismos de dominación” (2008:134). Un sujeto plural y abierto del feminismo permitiría/permitirá no excluir de nuestro discurso y nuestras luchas a tantas mujeres que tienen una situación de opresión concreta, que habitualmente no han sido tenidas en cuenta en el feminismo blanco accidentalizado.

En este sentido, ha sido defendida, desde diferentes frentes, la idea de la construcción de un sujeto “mujer” con fines estratégicos. Se trataría de un sujeto no ontológicamente fundado sino cultural, social y discursivamente situado, localizado en una posición determinada, concreta, y de alcance provisional; pero que permitiría dotar al feminismo del mínimo de unidad necesaria para la acción política emancipadora (Burgos, 2008:135).

Butler se interroga constantemente sobre los ejercicios de exclusión, por lo que el feminismo no es ajeno a esta crítica reflexión. De hecho, se pregunta: “¿En qué medida consigue la categoría de las mujeres estabilidad y coherencia únicamente en el contexto de la matriz heterosexual?” (2007:53).

### **El género y la matriz heterosexual**

Para acometer la tarea de explicar cómo se va construyendo el género, Butler reflexiona sobre el sistema binario en el que se sustenta. Si el género es producido por la cultura, argumenta,

“entonces no puede afirmarse que un género únicamente sea producto de un sexo” (2007:54). Claro y contundente. Así, si no hay continuidad nítida entre un sexo y un género, no tendría por qué defenderse que solo dos pueden/deben ser los géneros. “La hipótesis de un sistema binario de géneros sostiene de manera implícita la idea de una relación mimética entre género y sexo, en la cual el género refleja al sexo o, de lo contrario, está limitado por él” (2007:54). Para Butler, decir que hay dos (y solo dos) géneros que responden a unos cuerpos dualmente sexualizados es contribuir a naturalizar el sexo como una categoría pre-discursiva, anterior a la cultura. Dice explícitamente que “esta producción del sexo como lo pre-discursivo debe entenderse como el resultado del aparato de construcción cultural nombrado por el *género*” (2007:56).

¿A qué intereses responde este binarismo estricto que la cultura pretende imponer? Como vimos en páginas anteriores, sostener que dos son los sexos y dos son los géneros solo puede ser explicado bajo la lógica de la heterosexualidad obligatoria. La diferencia sexual es la teoría de la heterosexualidad obligatoria. El sistema binario de género es la teoría de la heterosexualidad obligatoria. Se establecen dos sexos (con el principio de autoridad de “lo natural”) y dos géneros que respondan a los intereses de esta institución. Dice Butler: “Instituir una heterosexualidad obligatoria y naturalizada requiere y reglamenta al género como una relación binaria en la que el término masculino se distingue del femenino, y esta diferenciación se consigue mediante las prácticas del deseo heterosexual” (2007:81).

La identidad siempre es identidad generizada y son, precisamente, *las normas* de género las que dotan de inteligibilidad a las personas. Estas normas prescriben la coherencia entre sexo-género-deseo. Alejarse de ellas implica el rechazo, marginación, exclusión e, incluso, patologización. Esto es, el género es prescriptivo y regulativo: ciertos cuerpos tienen sentido o importan, mientras que ciertos cuerpos son marginados o abyectos. Así define la autora la matriz heterosexual o matriz de inteligibilidad:

Utilizo la expresión *matriz heterosexual* a lo largo de todo el texto para designar la rejilla de inteligibilidad cultural a través de la cual se naturalizan cuerpos, géneros y deseos. He partido de la idea de “contrato heterosexual” de Monique Wittig y, en menor



grado, de la idea de “heterosexualidad obligatoria” de Adrienne Rich para describir un modo discursivo/espistémico hegemónico de inteligibilidad de género, el cual da por sentado que para que los cuerpos sean coherentes y tengan sentido debe haber un sexo estable expresado mediante un género estable (masculino expresa hombre, femenino expresa mujer) que se define históricamente y por oposición mediante la práctica obligatoria de la heterosexualidad (2007:292. Nota número 6).

En definitiva, la “coherencia” y la “continuidad” de “la persona” no son rasgos lógicos o analíticos de la calidad de persona sino, más bien, normas de inteligibilidad socialmente instauradas y mantenidas. En la medida en que la “identidad” se preserva mediante los conceptos estabilizadores de sexo, género y sexualidad, la noción misma de “la persona” se pone en duda por la aparición cultural de esos seres con género “incoherente” o “discontinuo” que aparentemente son personas pero que no se corresponden con las normas de género culturalmente inteligibles mediante las cuales se definen las personas (2007:71-72).

Estas prácticas normativizadoras y excluyentes necesitan para sobrevivir repetirse una y otra vez. Es la iterabilidad la que otorga poder a esta matriz.

El género es para nuestra autora el efecto de una serie de acciones por parte de un sujeto que se hace o emerge precisamente a partir de estas. La dinámica de estas acciones se basa en la imitación, la repetición y en los ejercicios de exclusión (mecanismo denominado por la autora como “performatividad”).

Estas prácticas de género son continuas pues no se adopta un género de una vez para siempre. El género siempre está en proceso (el carácter irresoluble es un rasgo inmanente al género) y a pesar de ello la cultura exige una coherencia al sujeto para ser inteligible. La norma dicta: un sexo, un género, deseo heterosexual. Ser mujer en esta sociedad implicaría ser femenina y ser heterosexual. *Todos los caminos sanos conducen a la heterosexualidad*. Y así ocurre desde el momento en que alguien sentencia “Es una niña”. Este enunciado es para Butler un performativo institucionalizado que determina la realidad social de los cuerpos de acuerdo a las normas de género. En cuanto a esto, dice Carolina Meloni:

Desde el primer momento que se nos interpela y se nos denomina como “niño” o “niña” no se está describiendo con ello

un estado de cosas, sino que se pone en marcha una cadena de repeticiones, rituales, citaciones e invocaciones que irán configurando nuestra masculinidad o feminidad (desde la forma de vestir hasta la de hablar, sentarnos, dirigirnos a otras personas, mirar, modular nuestra voz, etc. Y es aquí donde el performativo adquiere un aspecto teatral, puesto que en cada citación de la norma cada cuerpo pone en marcha cierta *performance*: siendo nuestros cuerpos una especie de *teatro anatómico* en el que se representan los distintos imperativos que se nos van imponiendo [...]) (2008:79).

Y aprendemos a excluir de nuestras vidas aquellos rasgos que son censurados por la sociedad. ¿Qué nos aporta este conocer cómo funciona el mecanismo mediante el que interpretamos un género? Podemos flexibilizar la norma y trastocarla. Dice Burgos:

En la repetición y mediante la repetición se abre nuestra capacidad de acción. No cabe no repetir pues en la repetición llegamos a ser. Repetir en una dirección que no consolide la norma violenta, sexista y heterosexista, es lo que está en nuestro poder. [...] La crítica de las normas [...] para abrirlas, flexibilizarlas, desplazarlas, descargarlas de su peso más pesado, de su más opresivo movimiento, esta es una ineludible tarea. También la autocrítica despierta de nuestros propios ejercicios de exclusión, del sexismo que nos vertebramos, de la lesbofobia que practicamos aun de modo no reconocido ni admitido. Nuestras nociones previas heredadas sobre lo que es y debe ser un cuerpo, con sus intensidades de deseos, placeres, deben ser discutidas si nuestra apuesta es favorecer la vida en libertad (2010b:468-469).

Y esta es nuestra apuesta, no solo la de Judith Butler. Apostar por una vida en libertad, en la que nuestras particularidades de género, raza, sexualidad, clase o idioma no nos alejen del reconocimiento o de lo humano, no nos alejen del deseo propio o ajeno. Para alcanzar estas cotas de libertad, según Butler, necesitamos hacer uso de la mismas normas que nos configuran como sujetos (pues, dijimos, no somos ajenas a ellas). Sujetos contranormativos demuestran con su propia existencia que la ley heterosexual falla.

### Identidad lesbiana, dar cuenta de lo humano

Butler entiende que la sexualidad de las lesbianas (como otras sexualidades no heteronormativas) tiene el poder de modificar o desplazar las normas heterosexuales hegemónicas, que se constituyen y reproducen repitiéndose incansablemente y excluyendo aquellas prácticas que las cuestionan.

De este modo, la lucha por la visibilidad y el reconocimiento de géneros no normativos es un constante ejercicio de provocación a la ley hegemónica que ve cómo sus propios límites constitutivos pueden ser, y de hecho son, franqueados desde la periferia. Butler apuesta por la proliferación de géneros. No significa esto que deban de crearse nuevas formas de interpretar el género pues estamos, más bien, ante formas e identidades que ya existen en la sociedad y que han sido despojadas de su inteligibilidad por no ajustarse a la ley de coherencia que marca el pensamiento heterosexual<sup>11</sup>.

A través de introducir cambios en la repetición de normas podemos hallar el camino de la subversión. “La tarea no es saber si hay que repetir, sino cómo repetir o, de hecho, repetir y, mediante una multiplicación radical de género, *desplazar* las mismas reglas de género que permiten la propia repetición” (Butler, 2007:287). Así, la identidad lesbiana<sup>12</sup> se convierte en un lugar de acción, una apuesta política, por reconfigurar los límites de lo humano.

Y en este lugar de acción cabría incorporar a nuestra reflexión y a nuestro quehacer político la cuestión vital de lo humano.

También resulta que un autocuestionamiento de este tipo implica ponerse uno mismo en riesgo, hacer peligrar la posibilidad misma de ser reconocido por otros; en efecto: cuestionar las normas de reconocimiento que gobiernan lo que yo podría ser, preguntar qué excluyen, qué podrían verse obligadas a admitir, es, en relación con el régimen vigente, correr el riesgo de no ser

---

<sup>11</sup> “La tarea aquí no es alabar cada una de las nuevas opciones posibles *en tanto que* opciones, sino redescubrir las opciones que *ya* existen, pero que existen dentro de campos culturales calificados como culturalmente ininteligibles e imposibles” (Butler, 2007:288).

<sup>12</sup> Butler, en línea con su pensamiento, no habla de una identidad cerrada, estable o inamovible. Más bien nos invita a “hacer uso de una categoría que pueda cuestionarse, que dé cuenta de lo que excluye” (2000:95).

reconocible como sujeto o, al menos, suscitar la oportunidad de preguntar quién es (o puede ser) uno, y si es o no reconocible (Butler, 2009:38).

La invitación de Butler queda hecha. Nuestra apuesta por la libertad ha sido formulada. Posicionarnos como lesbianas y como identidades transdeseantes es un desafío a la matriz heterosexual, un desafío que pone en riesgo nuestro propio reconocimiento, un desafío que, sin duda, pretenderá ser reflexivo y responsable para no buscar siempre una “otredad” a la que dominar, juzgar o excluir. Esto es, una identidad que no quiere ser partícipe de la lógica del pensamiento heterosexual, del pensamiento de dominación, de la matriz de inteligibilidad.

## F. Conclusiones

### Abismo generacional, amnesia histórica

Las autoras analizadas en este artículo son tan solo una muestra de una producción teórica que comenzó hace ya varias décadas y que no se ha detenido. Entonces: ¿Por qué la heterosexualidad sigue siendo considerada como *la* relación natural, legítima y sana? ¿Es la heterosexualidad una opción sexual como otra cualquiera? ¿Por qué los cuerpos todavía son jerarquizados en función de la sexualidad que practiquen, del género que interpreten o del sexo que se les haya asignado? ¿Por qué el feminismo es desprestigiado y vilipendiado desde tantos ángulos? Ahora escuchamos a mujeres decir que nunca se han sentido discriminadas. ¿Nos habrán arrebatado la “ciencia de la opresión” a la que aludió Wittig?

El pensamiento heterosexual al que hemos hecho alusión en este trabajo no es un enemigo débil.

Generación tras generación, se nos enseña que debemos ser identificadas/os como mujeres o como hombres y comportarnos como tal. Es más específica la doctrina: deberé comportarme como una “mujer de verdad”. ¿Cuál es esa verdad? Seré femenina y seré heterosexual. Interpretaré *el* género que corresponde a *mi* sexo y *mi* deseo será hacia los hombres. Constrictiva ley que aparta a múltiples sujetos del reconocimiento;

constrictiva ley que sirve de modelo para otras prácticas de opresión que podemos haber interiorizado.

Por otra parte, hay un sector importante de la sociedad (en el que no solo encontramos hombres) que considera que el feminismo ya no tiene cabida en nuestra sociedad (sus palabras, no obstante, no suelen ser tan amables). *¿No cree que las mujeres tienen ya suficiente igualdad ahora?*, le preguntaron a Rich en 1983.

Sin embargo, una mirada atenta a nuestra realidad social<sup>13</sup> nos permitirá comprobar que el feminismo es un movimiento imprescindible en la actualidad. Las características que Rich atribuyó al poder masculino no han pasado de moda, pero rara es la ocasión en que una mujer tiene acceso a esa contra-información. En el caso de las generaciones más jóvenes esta ausencia de la “ciencia de la opresión” es más grave. Hay una importante desconexión con el pasado feminista, con nuestra historia como sujetos oprimidos y con los logros de la lucha de las mujeres. Hay, incluso, una desconexión con la realidad actual, provocada, entre otros motivos, por la sociedad consumista en la que nos encontramos. Lorde puso sobre la mesa el peligro de ignorar nuestro pasado como un arma en manos de los opresores:

Al hacer caso omiso del pasado, favorecemos la repetición de errores. El “abismo generacional” es un arma social importante para cualquier sociedad represora. Si las personas jóvenes de una comunidad consideran que los mayores son despreciables, sospechosos o superfluos, nunca serán capaces de sumar fuerzas con ellas para analizar la memoria viva de la comunidad, ni tampoco de preguntar “¿Por qué?”. De ello se deriva una amnesia histórica que nos mantiene ocupados con la necesidad de inventar la rueda cada vez que salimos a comprar pan en la tienda de la esquina (Lorde, 2003b:125).

¿Cómo gestionar el conocimiento feminista para que este no tenga que ser reinventado en cada nueva generación? ¿Cómo hacerlo en una sociedad que no potencia las relaciones personales intergeneracionales? ¿Cómo en una sociedad en la que

---

<sup>13</sup> Una mirada global, una ojeada rápida a cualquier atlas de la situación de las mujeres en el mundo, un simple vistazo a las noticias, nos dirá que la discriminación y opresión de las mujeres no forma parte del pasado.

se procura esconder la teoría feminista? Estas preguntas deben estar en la agenda feminista de este siglo XXI, pues varias décadas han transcurrido desde que, lúcidamente, varias mujeres denunciaron a la heterosexualidad como institución política y hoy, nada se sabe.

### **Continuum diferencial y alianzas**

Tras ver el posicionamiento de nuestras autoras y considerando que, efectivamente, las diferencias y el significado que se le otorgan responden a concepciones culturales<sup>14</sup>, optamos por proponer un *continuum diferencial* en lugar de las estrictas dicotomías que se nos imponen diariamente. Un *continuum* para el género, de modo que la interpretación que de él hagamos pueda variar (como de hecho varía) sin sufrir por ello de ostracismo social. Un *continuum* en que ningún punto tuviese más privilegios que otros. No parece sencillo que de la noche a la mañana esto vaya a producirse. Lo que está en nuestra mano, sin duda, es cómo reaccionaremos cuando observemos géneros que no se corresponden con la norma de inteligibilidad a la que se refirió Judith Butler. En nuestra mano está el no excluir a sujetos con géneros no heteronormativos. Percibir las diferencias de este modo, en un *continuum* variable donde nuestra posición no debe partir como favorita, es aplicable a otras variantes como la raza, la clase, la edad, el sexo, las sexualidades, etc. Estaríamos ante *continuums* entrelazados y móviles que darían cuenta de nuestra posición en un momento concreto, una posición que podría variar y seguir siendo igualmente legítima.

El enemigo, decíamos, no es débil. El heterosexismo, el sexismo, la lesbofobia, la transfobia, etc., se refuerzan mutuamente y están presentes en todas las esferas de nuestra vida. La continua presencia de sujetos que no responden a sus normas nos muestra que la ley ni es natural ni es infalible.

---

<sup>14</sup> No se discrimina en nuestra sociedad a las personas en función del tamaño de sus manos, sí en función de las dimensiones corporales. No se discrimina por el color de los ojos, sí por el color de la piel. Y el concepto de raza tal y como lo conocemos en la actualidad no existía antes de que la esclavitud negra tuviese lugar.

Aprovechar esas fisuras para la creación de alianzas es un buen método de aunar esfuerzos y energías para desbaratar la opresiva matriz heterosexual. Así, dice Beatriz Suárez:

Contra el control masculino, el impulso liberador y de auto-definición que supone el feminismo. Contra la dictadura heterosexual, la resistencia de los colectivos sexuales minoritarios. Feministas, gais y lesbianas no es que seamos necesarios, es que somos imprescindibles en este comienzo del siglo XXI y en la lucha contra el heteropatriarcado (2002:41. Traducción mía).

Beatriz Suárez añade:

Tanto el feminismo postmoderno como la teoría lesbiana y gay última apuntan a la deconstrucción de las jerarquías binarias. Deconstruir estas jerarquías significa darles la vuelta (literalmente: poner lo de dentro hacia fuera) para dejar al descubierto su maquinaria de funcionamiento y su estructura discursiva. Ahora bien, esta labor de zapa deconstructiva va acompañada siempre de un movimiento hacia la construcción o articulación teórica del espacio exterior (es decir, del espacio en el que existe desplazado todo lo que no es central: lo marginal, lo extranjero, lo Otro) (1997: 277-278).

### **Deseo lesbiano, identidad transdeseante**

En la línea de (auto)crítica y evolución constante, hemos propuesto en este artículo la identidad transdeseante como una identidad que se interroga continuamente por la dirección de su deseo (deseo no solo sexual, sino también deseo de reconocimiento) y por los ejercicios de exclusión que hemos podido interiorizar de la institución heterosexual que nos oprime.

Por un lado "identidad transdeseante" y por otro, "deseo lesbiano". Ambas posiciones están interrelacionadas en tanto que las consideramos identidades abiertas e identidades críticas con el pensamiento heterosexual. Al deseo lesbiano no quisiéramos arrebatárle el contenido erótico, a nuestras palabras sobre el deseo lesbiano no quisiéramos privarles de su poder "para decir nuestros cuerpos, nuestra piel, nuestro sudor, nuestro placer, nuestra sensualidad, nuestro sexo" (Nicole Brossard, *cit.* en Suárez, 1997:275). Y aunque consideramos que el deseo sexual es un aprendizaje y que el lesbianismo es una opción que

cualquier mujer puede escoger para sí, estamos también con Gayle Rubin cuando escribió:

Es igualmente objetable insistir en que todo el mundo deba ser lesbiana, no monógamo, como creer que todo el mundo deba ser heterosexual o estar casado, aunque este último grupo de opiniones está respaldado por un poder de coerción considerablemente mayor que el primero (1989:143).

Así, proponemos la identidad transdeseante<sup>15</sup> como alternativa para aquellas mujeres que, habiendo hecho una cuidada reflexión sobre su deseo, no optan por el lesbianismo como forma de vida. Como decíamos, se trata de una identidad que no ansía el reconocimiento del orden sexista y heterosexista. Una identidad crítica con las normas que nos han configurado como sujetos, esto es, crítica también con nosotras mismas. Identidad que “mueve su deseo hacia un lugar distanciado del deseo regulado por la constrictiva y opresiva ley del *pensamiento heterosexual*” (Burgos, 2010a:45), pensamiento que se basa en la dominación, la opresión, la discriminación y la deshumanización de ciertos cuerpos; pensamiento que con especial virulencia se ensaña en la opresión de las mujeres; que deslegitima, excluye y patologiza a aquellas que son desleales a la civilización, al contrato heterosexual, a las que son disidentes de su clase, de su posición subordinada con respecto a los hombres.

Las mujeres no podemos olvidar que el patriarcado es un sistema de opresión sexual, que se asienta sobre los principios de la misoginia y el heterosexismo. No tenemos por qué deber lealtades a una cultura que ha esclavizado nuestros cuerpos y colonizado nuestras mentes; como mujeres y como lesbianas [como identidades transdeseantes] podemos/debemos ser (de nuevo con Rich) “desleales a la civilización”. Nuestra supervivencia individual y como grupo depende de que aprendamos esa forma de deslealtad hacia el patriarcado que es *ver con nuevos ojos*, encontrar un nuevo lenguaje en el que inscribir nuestra propia experiencia; de no ser así seguiremos siendo silenciadas y borradas porque, también lo ha señalado Nicole

---

<sup>15</sup> No obstante, consideramos que la mujer que vive el deseo lesbiano tal y como lo hemos propuesto en estas páginas, es también (y sobre todo) una identidad transdeseante.



Borssard, “una lesbiana que no reinventa el mundo es una lesbiana en proceso de desaparición” (Suárez, 1997:278-279. *Curativas más*, al igual que el enunciado entre corchetes).

Un sugerente modo de ser desleales a la civilización, un modo que trastoca duramente el pensamiento heterosexual, es mover nuestro deseo hacia otras mujeres. Es decir, optar por el deseo lesbiano. No proponemos planteamientos separatistas, ni (con Lorde ahora) somos enemigas de los hombres, pero un horizonte de deseo en el que podamos hablar de *las amantes*, nos resulta ciertamente liberador.

Amantes que pueden, desde luego, adoptar múltiples formas de unión: “Los pueblos de amantes de las amantes reúnen toda la cultura, el pasado, las invenciones, los cantos y las formas de vida” (Wittig y Zeig, 1981:12). Escoger a una mujer como compañera, como amante, nos sigue pareciendo una decisión con grandes implicaciones políticas. Si bien es cierto que conlleva un grado de dolor consecuencia de pasar a engrosar la lista de sujetos marginados/marginables por no responder a las normas sociales de inteligibilidad, nos sigue pareciendo una elección que puede resultar enriquecedora, transgresora y placentera.

Sea o no sea esta nuestra elección, en este trabajo hemos pretendido presentar suficientes argumentos para no ser cómplices con un sistema que genera sus normas y sus certezas con la intención de que la mitad de la humanidad siga deteniendo el poder. Para que esto sea posible existe una institución que no desea ser analizada, la heterosexual, que garantiza el poder masculino sobre las mujeres. De nosotras depende ahora seguir siendo cómplices de este sistema o procurar desenmascararlo para que no tengan que transcurrir otros cuarenta años de silencio e ignorancia, para que cada nueva generación de mujeres no tenga que volver a inventar la rueda.

### Referencias bibliográficas

- BURGOS, E. (2008). *Qué cuenta como una vida. La pregunta por la libertad en Judith Butler*, Madrid: Antonio Machado Libros.
- BURGOS, E. (2010a). “Transdeseante: la aventura de la identidad”, en *Granada, treinta años después: aquí y ahora* (pp.

- 45-48). Madrid: Coordinadora Estatal de Organizaciones Feministas.
- BURGOS, E. (2010b). "El deseo lesbiano como potencia feminista", en *Granada, treinta años después: aquí y ahora* (pp. 465-472). Madrid: Coordinadora Estatal de Organizaciones Feministas.
- BUTLER, J. (1990). "Variaciones sobre sexo y género. Beauvoir, Wittig y Foucault", en Benhabib, S. y Cornell, D.: *Teoría feminista y teoría crítica* (pp. 193-211). Valencia: Ediciones Alfons el Magnanim.
- BUTLER, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.
- BUTLER, J. (2009). *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- DE LAURETIS, T. (2005). "When lesbians were not women", en Shaktini, N. (ed.): *On Monique Wittig. Theoretical, Political, and Literary Essays* (pp. 51-62). Urbana: University of Illinois Press.
- LORDE, A. (2003a). "Arañando la superficie: apuntes sobre las dificultades del amor entre mujeres", en *La hermana, la extranjera. Artículos y conferencias* (pp. 25-35). Madrid: Horas y Horas.
- LORDE, A. (2003b). "Edad, raza, clase y sexo: las mujeres redefinen la diferencia" en *La hermana, la extranjera. Artículos y conferencias* (pp. 121-135). Madrid: Horas y Horas.
- LORDE, A. (2003c). "Usos de la ira: las mujeres responden al racismo", en *La hermana, la extranjera. Artículos y conferencias* (pp. 137-150). Madrid: Horas y Horas.
- LORDE, A. (2003d). "Aprender de los sesenta", en *La hermana, la extranjera. Artículos y conferencias* (pp. 151-166). Madrid: Horas y Horas.
- LORDE, A. (2003e). "Usos de lo erótico: lo erótico como poder", en *La hermana, la extranjera. Artículos y conferencias* (pp. 37-46). Madrid: Horas y Horas.
- LORDE, A. (2003f). "La transformación del silencio en lenguaje y acción", en *La hermana, la extranjera. Artículos y conferencias* (pp. 19-24). Madrid: Horas y Horas.
- LORDE, A. (2003g). "Las herramientas del amo nunca desmontan la casa del amo", en *La hermana, la extranjera. Artículos y conferencias* (pp. 115-120). Madrid: Horas y Horas.

- MELONI, C. (2008). "Judith Butler y la genealogía". La Torre del Virrey: revista de estudios culturales, nº 5 (pp. 75-81).
- RICH, A. (2001). "Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana", en *Sangre, pan y poesía. Prosa escogida 1979-1985* (pp. 41-86). Barcelona: Icaria.
- RUBIN, G. (1989). "Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad", en Vance, C. (comp.), *Placer y peligro* (pp. 113-190). Madrid: Talasa.
- SUÁREZ, B. (1997). "«Desleal a la civilización»: la teoría (literaria) feminista lesbiana", en Buxán, X.M. (ed.), *ConCiencia de un singular deseo* (pp. 257-279). Barcelona: Laertes.
- SUÁREZ, B. (2002). "Teoría feminista/teoría lesbiana: intersecciones", en *O evidente nom existe* (pp. 32-41). Vigo: Mulheres Nacionalistas Galegas.
- SUÁREZ, B. (2001). "De cómo la teoría lesbiana modificó la teoría feminista (y viceversa)", en Bengoechea, M. y Morales, M. (ed.), *(Trans)formaciones de las sexualidades y el género* (pp. 55-67). Madrid: Universidad de Alcalá.
- WITTIG, M. y Zeig, Z. (1981). *Borrador para un diccionario de las amantes*. Barcelona: Lumen.
- WITTIG, M. (2006a). "La categoría de sexo", en *El pensamiento heterosexual y otros ensayos* (pp. 21-29). Madrid: Egales.
- WITTIG, M. (2006b). "No se nace mujer", en *El pensamiento heterosexual y otros ensayos* (pp. 31-43). Madrid, Egales.
- WITTIG, M. (2006c). "El pensamiento heterosexual" en *El pensamiento heterosexual y otros ensayos* (pp.45-57). Madrid: Egales.
- WITTIG, M. (2006d). "A propósito del contrato social", en *El pensamiento heterosexual y otros ensayos* (pp. 59-71). Madrid: Egales.